

SANTÍSIMA TRINIDAD (Ciclo C)

El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio de la vida íntima de Dios. La primera constatación que podemos hacer es que si Dios me revela el misterio de su vida interior, si quiere que yo sepa quién es Él, es porque busca una relación personal conmigo. Sólo decimos quiénes somos de verdad y mostramos nuestro rostro más auténtico a los que queremos. Por eso, que Dios me revele su Trinidad de Personas es un signo de su amor. Me dice quién es para que yo pueda amarlo.

Se cuenta que un día san Agustín paseaba por una playa y vio a un niño vaciando cubos de agua en un agujero. El santo le preguntó: «¿Qué haces?». «Intento meter todo el mar en este agujero», respondió el niño. «¿No ves que eso es imposible?», dijo Agustín, a lo que el niño replicó: «Pues más difícil aún es entender el Misterio de la Trinidad, como tú pretendes».

Supera nuestra inteligencia pero se nos propone como término de nuestro amor. El misterio de la Trinidad no se entiende, pero se adora. Gracias a que Jesús nos ha revelado el misterio del Padre y de su Amor, conocemos que Dios no es una realidad fría, sino una comunidad de personas. El cristiano está llamado a entrar en esa relación. Por eso, en el evangelio de hoy, Jesús dice que el Espíritu de la verdad nos guiará hasta el conocimiento de la verdad plena.

En los primeros siglos, los cristianos no tenían una idea teórica muy elaborada de este misterio y, sin embargo, vivían con naturalidad la realidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Hoy en día puede suceder lo contrario, que hablemos mucho de este misterio tan sublime pero que, en la práctica, lo tengamos totalmente marginado. Dios nos propone entrar en relación con Él. Por eso, san Ignacio de Loyola aconseja que antes de empezar la oración pensemos con qué Persona queremos hablar. La Trinidad tiene que entrar en nuestra vida cotidiana porque nosotros estamos llamados a vivir en la Trinidad.

La Misa que celebramos, es un regalo de la Santísima Trinidad. Es el Espíritu Santo quien convierte el pan y el vino en la Cuerpo y la Sangre de Cristo. Es Cristo quien se ofrece al Padre, y nos ofrecemos nosotros con Él, diciendo: “Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos”. Y el “Amén” que respondemos, es precioso. Y la comunión es la entrada, dejarnos introducir en este gran misterio de Amor que supera todo entendimiento, pero que sentimos con fuerza que nos hace felices de verdad.

Que toda nuestra vida sea un “Amén” al Amor de Dios, al menos como el “Amén” de María.